MARÍA DE MÉDICIS.

(1619.)

María de Médicis, viuda de Enrique IV, y reina regente de Francia durante la minoría de su hijo (Luis XIII), viéndose, despues del asesinato de su favorito Concini, relegada del poder y separada de los negocios por las intrigas de Luynes, pidió y obtuvo el permiso de retirarse á Blois (mayo 1617), donde no tardó en verse tratada como prisionera. El condestable Luynes la rodeó de espías, y acuarteló diversos cuerpos de caballería en las aldeas inmediatas, á fin de guardarla de vista y observar sus menores movimientos. — Los partidarios de la reina y su numerosa córte, habian desaparecido desde la época de la escandalosa privanza del mariscal de Ancre y de la Galigai, de manera que se encontraba aislada en su destierro; cuando habiéndose retirado de la córte el duque de Epernon y otros nobles descontentos, y queriendo dar á su faccion la importancia de un partido, pensaron en María de Médicis y se propusieron libertarla y ponerla á su cabeza.

» El que indujo á tal empresa al duque de Epernon, dice Fontenay-Mareuil, fué M. de Ruccellai, quien al hacer esto no pensaba mas que en servir á la reina madre cuya libertad deseaba ardientemente. Ya antes de ello habia imaginado poder contar con M. de Bouillon, poderoso auxiliar por su reputacion y noble carácter,

por su posicion de gobernador de la plaza fuerte de Sedan, y mas que todo, por su crédito con los hugonotes, de quienes acaso tendrian que servirse. En un viaje que hizo de incógnito á Blois, solo y en medio de la noche, propuso esta combinacion á la reina, que aceptó y dijo que podia prometer en su nombre cuanto juzgara necesario : y así se hizo : pero M. de Bouillon se excusó diciendo que era ya viejo y con contínuos achaques, y que ademas estaba bien con el rey, que le habia acordado su gracia despues de la muerte del mariscal de Ancre, y que queria seguir gozando de este favor y acabar sus dias en reposo. « Pero, añadió, ahí teneis al duque de Epernon, que acaba de llegar á Metz, muy descontento de Luynes, y que tiene sobrada importancia en el reino y bastantes amigos para acometer la aventura. »

Ruccellai escribió en este sentido á la reina madre, y habiendo obtenido su consentimiento, hizo presentar sus proposiciones á Epernon que al principio las acogió con desconfianza, pero al fin se dejó persuadir, y haciendo venir á Ruccellai á su casa, « lo tuvo encerrado algunos dias en ella á fin de combinar maduramente cuanto debia hacerse ; y luego lo envió á la reina para decirla y asegurarla que, con tal que ella pudiese salir del castillo de Blois y pasar solamente el puente del Loira, él se hallaria al otro lado en tal compañía, que las tropas que la rodeaban no podrian oponérsele ; y que él se comprometia á conducirla á Angulema, ó á cualquier otro lugar que juzgara conveniente. » — La reina contestó á Ruccellai que era cosa fácil, y entonces le dijo á Epernon que fijase dia para la empresa : pero este quiso absolutamente aplazar la ejecucion del proyecto para el mes de febrero del año siguiente.

Entretanto Luynes, desconfiando siempre á pesar de sus extremadas medidas de precaucion, y deseando pe-

netrar el espíritu de la reina, le envió un emisario de su confianza, con la mision ostensible de noticiarla la próxima visita del rey « que la traeria con él á Paris »; y de la parte de Luynes, reiteradas protestas de adhesion y respeto, y la seguridad de que en adelante seria tratada como ella podia desearlo. Pero en realidad este emisario venia á observar, tanto en las palabras como en el aspecto de la reina y de los que la rodeaban, si no se habia operado algun cambio que anunciara un proyecto ó intriga oculta. Mas como la servidumbre de la reina no sabia nada aun de sus designios, y ella por su parte era impenetrable, y adivinando el pensamiento oculto de aquella misiva, supo representar perfectamente su papel; el agente de Luynes se volvió persuadido de que ella esperaba de buena fé al rey, y que estaba dispuesta á olvidarlo todo y á reconciliarse con el condestable. »

En fin Epernon acabó de combinar todas sus medidas, y se trasladó á Confolens donde le aguardaba el arzobispo de Tolosa con mas de doscientos de sus amigos; pero no encontró allí noticias ni instrucciones de la reina madre como él esperaba. Sin embargo, « estaba ya demasiado comprometido para volver atrás » ; y en su consecuencia pasó á Loches, y envió al mismo tiempo á M. du Plessis á la reina, para noticiarle su llegada y saber su determinacion. María de Médicis entretanto estaba llena de inquietud por no haber recibido cartas, ni saber nada de sus amigos : mas la llegada de du Plessis la tranquilizó, y al saber que todo estaba dispuesto, y Epernon en las cercanías, dispuso evadirse aquella misma noche.

Entonces solamente se descubrió al conde de Brennes, su caballerizo mayor, á la Masure y Merçay, exentos de su guardia, y á la *signora Caterina*, su camarera mayor, sin poner á los demas en el secreto. Ordenó á Brennes

que se encontrase á las cinco de la mañana en la puerta de su cámara, y que su carroza con seis caballos estuviera á la misma hora al otro lado del puente; y retuvo á los demas en la cámara para empaquetar sus efectos y guardar sus alhajas.

Al dia siguiente, 22 de febrero, á las seis de la mañana, salió pues la reina, acompañada de tres hombres solamente y una camarista, por una ventana que daba al terraplen de la muralla que, por estar hundido en este paraje, se podia bajar con facilidad, é ir hasta el puente sin pasar por la puerta del castillo ni por la ciudad. La reina se sentó en la brecha del muro, y deslizándose por la pendiente que formaba de tierra movediza, llegó abajo sin accidente alguno, y se adelantó con los dos exentos hácia el puente, donde ya empezaban á pasar algunos hombres, que al verla, segun ella decia despues, en tal compañía, á aquella hora, y en tal paraje, debieron formar malísimo concepto.

« Al otro lado del puente encontró la carroza y, entrando en ella con los que la acompañaban, se fué á Montrichard, donde se hallaba M. de Toulouse, con algunos caballos, para asegurar el paso de la reina al otro lado del Cher. M. de Epernon salió á esperarla á una legua de Loches, donde se detuvo dos dias para reposar y escribir al rey, y de allí se trasladó á Angulema. »

Despues de largas negociaciones y de intrigas numerosas, en las que Luynes y Richelieu, entonces obispo de Luçon, desplegaron todo su genio y habilidad política; viendo María de Médicis que sus partidarios se desunian y la iban abandonando poco á poco, se decidió á dejar á Angulema, y se trasladó á Tours donde Luis XIII y Ana de Austria la aguardaban.

« El rey y la reina salieron á recibirla á dos leguas de Tours, y se hicieron mútuas y grandes caricias....

La reina madre, despues de haber pasado ocho ó diez dias con el rey, se fué á Chinon á esperar la entrada que le preparaban en Angers; y el rey se trasladó á Compiegne, por hallarse la peste en Paris. » (*Memorias* de Fontenay-Mareuil, coleccion Michaud Poujoulat.)

GROTIUS.

(1621.)

Envuelto en la ruina de Barneveldt, de quien era uno de los mas ardientes y firmes partidarios, Grotius fué condenado á prision perpétua, confiscados sus bienes, y encerrado en 1619, despues del suplicio de su ilustre amigo, en el castillo de Louvenstein, cerca de Gorcum [1].

Grotius tenia entonces treinta y siete años. Estrechamente guardado en su prision, no tenia otra distraccion que el estudio, ni otro consuelo que la sociedad de su mujer, María de Reygesberg, que habia pedido acompañarlo. Y esta autorizacion le habia sido acordada de una manera cruel, pues ordenaba que si salia una vez del castillo, no se la dejase entrar de nuevo. Este rigor se fué mitigando sin embargo, y al fin la dejaban salir dos veces por semana.

Así se pasaron diez y ocho meses, sin incidente alguno en la vida monótona del prisionero, cuando Muys van Holi, enemigo declarado de Grotius y uno de los jueces que le habian condenado, advirtió á los Estados generales que sabia por conducto seguro se fraguaba un proyecto de evasion en Louvenstein. En su consecuencia enviaron un agente al castillo, que examinó minu-

1. Hugo Grotius, célebre jurisconsulto y filósofo holandés, nacido en Delft en 1583, muerto en Rostock en 1645. Ha dejado muchas obras notables sobre filosofía moral y política. (*Nota del traductor.*)

ciosamente la prision de Grotius é interrogó los carceleros, sin encontrar el menor motivo ni pretesto que motivara el aviso. Este era sin embargo fundado, pues María de Reygesberg no se ocupaba en otra cosa que en procurar los medios de libertar á su marido.

Habian permitido á Grotius, sin restriccion alguna, el procurarse libros , y dejaban entrar sin dificultad cuantos le prestaban sus editores y numerosos amigos. Él los conservaba hasta que su gran número le causaba estorbo, y entonces solia devolverlos en un gran cofre, donde se ponia tambien la ropa sucia que enviaban á lavar á Gorcum.

Durante el primer año, los carceleros visitaban escrupulosamente el cofre á su salida de Louvenstein; pero acostumbrados á no encontrar jamás otra cosa que libros y ropa del uso ordinario del preso y de su mujer, se cansaron al cabo de examinarlo, y no se tomaban ya el trabajo de abrirlo. La mujer de Grotius notó esta negligencia, y concibió el proyecto de utilizarla. Comunicó la idea á su marido, induciéndole á intentar su evasion entrando en aquel cofre ; y aunque la empresa parecia insensata y por demas peligrosa, Grotius se dejó persuadir fácilmente, no hallando otro medio de salvacion. Combinadas todas las medidas que debian tomarse de antemano, pasaron luego á preparar el cofre, horadándole en uno de sus extremos para que no estuviese privado de aire, y hecho esto, de manera que los pequeños agujeros no fuesen muy visibles al exterior, María encerró á su marido muchas veces, haciéndole permanecer el tiempo que era necesario para ir de Louvenstein á Gorcum, y á fin de acostumbrarlo á soportar la postura forzada é incómoda que debia tomar en el cofre. Despues de mil pruebas y ensayos fatigosos, y cuando ya le vió en estado de poder intentar la empresa, solo esperaron una ocasion favorable.

Abrió el cofre y Grotius salió.

Esta no tardó en presentarse. El comandante de la fortaleza se ausentó para asuntos del servicio, y en este intervalo la mujer de Grotius fué á ver á la del comandante, y en la conversacion le dijo, como de paso, que tenia que enviar un cofre lleno de libros; que su marido estaba tan débil, que veia con pena su aplicacion al trabajo, y que aprovechaba la ocasion para quitarle los medios de aumentarlo. Prevenida así la mujer del comandante, María volvió al cuarto de su marido y le encerró en el cofre. Un criado y una sirviente estaban en el secreto, y la mujer de Grotius hizo correr el rumor de que su marido se hallaba indispuesto y guardaba la cama, á fin de que no extrañasen no verle. En seguida hizo entrar á dos soldados que cargaron con el cofre, y al tomarlo, dijo uno de ellos, encontrándolo mas pesado que de ordinario:

— Preciso es que haya ahí dentro algun armenio; haciendo alusion á una secta de esta época, á la que Grotius pertenecia, y cuyo nombre era proverbial.

La mujer de Grotius respondió friamente:

— En efecto, hay algunos libros armenios.

Bajaron entonces el cofre con gran trabajo, y el mismo soldado dijo que lo abriesen para ver lo que contenia, y negándose los otros, él insistió y aun fué á ver á la mujer del comandante para hacerle observar el extraordinario peso del cofre, y su creencia de que encerraba algo sospechoso, por lo que seria conveniente abrirlo. La comandanta se opuso, fuese por negligencia, ó bien porque hubiese adivinado la evasion y quisiera indirectamente favorecerla. Así respondió que no habia mas que libros en aquel cofre, segun le habia asegurado la mujer de Grotius, y que podian sacarlo sin inconveniente.

Entonces lo llevaron al barco que hacia el servicio de la prision. La sirvienta de Grotius tenia órden de acom-

pañarlo hasta Gorcum, y de hacerlo conducir allí á la casa que le indicaron; y en efecto, llegados á este punto, la sirviente alquiló un carreton, donde pusieron el cofre y lo llevaron á la casa de David Dazelaër, uno de los amigos de Grotius y pariente de su mujer. Cuando la sirviente se encontró sola, abrió el cofre y Grotius salió sin haber sufrido mucho, á pesar de haber estado encerrado tan largo tiempo en un espacio de tres piés y medio de largo.

En seguida se puso un vestido de albañil que le tenian preparado, tomó una regla y una llana, que llevó ostensiblemente en la mano; y saliendo de la casa por una puerta excusada, se dirigió á la plaza de Gorcum, y atravesándola, ganó la puerta de la ciudad que dá sobre el rio. Allí tomó pasaje en un barco que le condujo á Valvic en Brabante. En este punto se dió á conocer á algunos armenios, que le facilitaron cuanto necesitaba, y alquiló un carruaje para Amberes, donde llegó felizmente sin ser conocido.

Entretanto todo el mundo creia en Lovenstein que estaba enfermo, y su mujer prolongaba esta pretendida enfermedad á fin de darle tiempo para ponerse en salvo; pero tan luego como supo, á la vuelta de la criada, que estaba en Brabante y de consiguiente en seguridad, confesó inmediatamente á los carceleros la evasion de su marido. El comandante, que estaba de regreso, no queria dar crédito á esta noticia, y corrió al aposento de Grotius, preguntando á su mujer dónde lo tenia oculto. Ella le dejó buscar algun tiempo, y despues le contó la estratajema de que se habia servido. Entonces la encerraron estrechamente, pero habiendo enviado una solicitud de gracia á los Estados generales, pocos dias despues la pusieron en libertad.

ISAAC ARNAULD.

(1635.)

Isaac Arnauld se hallaba de gobernador en Filisburgo durante el invierno de 1635. Esta plaza, defendida solamente por un simple terraplen y por un ancho foso cuyas aguas estaban constantemente heladas, contaba por el momento con una guarnicion insuficiente.

« Advertidos de esto los imperiales, — dice el abate Arnauld en sus *Memorias*, no hallaron gran dificultad en formar su plan de ataque, y menos aun en ejecutarlo. La guarnicion, que encontraron bien prevenida, era sin embargo harto débil para sostener un ataque general; así, la heróica conducta del gobernador, si ha hecho memorable su defensa, no le sirvió mas que á hacer pagar cara su libertad y la vida de sus soldados, que fueron casi todos pasados á cuchillo. Hecho prisionero con los pocos que sobrevivieron á esta sangrienta jornada, fué sucesivamente confinado á varias ciudades del interior, y por último encerrado en la fortaleza de Esslingen.

» Allí tuvo conocimiento de los rumores desfavorables que corrian por su cuenta en la córte, donde se le acusaba de haber hecho perder á la Francia, por su negligencia, la importante plaza de Filisburgo. Desde este momento solo pensó en ir á Paris para destruir estos rumores y atacar de frente la calumnia. Pero negociar su libertad en circunstancias tales y con el disfavor del

rey era pensamiento inútil : quedábale únicamente el recurso de la fuga, y en la prevision de poderla llevar á cabo, rehusó permanecer prisionero bajo su palabra. Esta declaracion hizo naturalmente mas difícil su empresa. Redoblóse la vigilancia; colocaron de noche un centinela en la puerta de su cuarto, y en el paseo que le permitian todas las tardes por el glácis del fuerte, iba siempre acompañado de algunos soldados. A pesar de tantas precauciones, consiguió llevar á cabo su proyecto.

» Comenzó por calcular la altura que separaba su ventana del foso, y paseándose por esta parte, que era precisamente la mas próxima á la ciudad, pudo convencerse de que si lograba descolgarse por aquel sitio, el resto no presentaba obstáculos para verificar su evasion. — Despues fué ganando poco á poco á algunos soldados franceses que estaban al servicio del emperador, con la esperanza de darles un grado en su regimiento de carabineros, á su vuelta á Francia; palabra que les cumplió en efecto algunos meses mas tarde. Quedábale, pues, solamente una dificultad que vencer : la de proveerse de cuerdas para descender al foso por la parte que habia elegido y que era la menos guardada. Algunos dias estuvo imaginando los medios, y el primero que naturalmente se presentó á su espíritu fué el de procurarse la cuerda por alguno de los soldados que estaban en la confidencia; pero lo desechó por parecerle arriesgado, y recurrió á una ingeniosa estratajema. Cada tarde que salia á paseo proponia á sus guardas algun juego de fuerza ó de destreza, bajo el pretesto de distraerse y de ejercitar los miembros; y como esto les divertia produciéndoles de paso algunas propinas, acabaron por aficionarse y ser los primeros en proponerlo. Entre esos juegos habia uno que llamaban *cinchar el asno*, y este era el que Arnauld escogia de preferencia, pues empleándose en él una cuerda para atar á uno de los que

jugaban, esto podia favorecer su designio. Cada vez daba una moneda de plata para comprarla, y no recibia la vuelta. Acabado el juego, como era un pedazo de cuerda pequeño é inútil para otros usos, lo arrojaban á un lado, y uno de los cómplices del prisionero lo recogia y guardaba sin afectacion. Cuando se reunió la cuerda suficiente, Arnauld fijó un dia para la evasion, y se escapó felizmente con sus cómplices.

» Llegado á Paris, se constituyó preso en la Bastilla, y pidió que se le formase causa. Plenamente justificado algunos meses despues, fué puesto en libertad y reintegrado en sus honores y empleos. » (*Memorias* del abate Arnauld, coleccion Michaud Poujoulat.)

EL DUQUE DE BEAUFORT.

(1648.)

El duque de Beaufort (Francisco de Vendome), uno de los jefes del partido de la Fronda, acusado de haber intentado asesinar al cardenal Mazarino, fué arrestado en el Louvre por órden de la reina Ana de Austria, y encerrado en el castillo de Vincennes. Despues de una detencion de cinco años, de 1643 á 1648, logró al cabo evadirse auxiliado por sus amigos. Hé aquí cómo se refiere esta evasion en las *Memorias* de madama de Motteville :

« El dia de Pentecostés, 1° de junio de 1648, el duque de Beaufort, preso hacia cinco años en la torre de Vincennes, se escapó de su prision á eso de las doce de la mañana, logrando romper sus cadenas por su propia astucia y la de sus amigos, que le sirvieron fielmente en esta ocasion. Estaba guardado por un oficial y siete ú ocho guardias de corps que dormian en su propio cuarto, y servido por criados de la casa real, que Ana de Austria habia designado á fin de no dejar al duque ninguno de sus domésticos. Ademas, es necesario tener en cuenta que se hallaba bajo la vigilancia de Chavigny, gobernador de Vincennes, que no era de sus amigos.

» El oficial de guardias, llamado La Ramée, habia tomado poco tiempo hacia á su servicio, á ruego de algunas personas influyentes, cierto individuo que se ha-

llaba perseguido por haberse batido en duelo, en menosprecio de las pragmáticas existentes. Al menos así lo decia él para asegurarse este refugio, aunque es de creer fuese enviado por las criaturas del duque, y acaso con consentimiento del mismo oficial; pero yo ignoro esta particularidad y no tengo otra persuasion que las apariencias. Como quiera que sea, aquel hombre empezó por mostrar gran celo y tomarse mucho interés en la guarda del prisionero; tanto que llegó á hacerse notar por su vigilancia y la rudeza con que le trataba. Poco tiempo despues, sea, como he indicado, que estuviese allí á la devocion del duque de Beaufort, sea que se dejase ganar por este príncipe, el hecho es que se puso enteramente á su servicio y le sirvió de agente para comunicar con sus amigos y tratar con ellos el plan de su libertad. Llegado el momento de ponerlo en ejecucion, escogieron de comun acuerdo el dia de Pentecostés y la hora del oficio divino á donde todo el mundo acudia; y á esta hora, en que precisamente comian los guardias, el duque de Beaufort pidió permiso á la Ramée para pasearse algun tiempo por una galería adonde le habian concedido salir á esparcirse algunas horas de la tarde. Esta galería era mas baja que la torre que le servia de habitacion, pero muy alta aun, por caer sobre los fosos que son bastante profundos. La Ramée acompañó al duque en su paseo y se quedó solo con él en la galería. Entretanto, el hombre ganado por Beaufort, simuló ir á comer con los demas, y al ponerse á la mesa se fingió indispuesto, tomó solamente un poco de vino, y saliendo del cuarto, cerró la puerta tras sí é igualmente las otras que separaban la galería del comedor, retirando y guardando las llaves, y fué á reunirse con el prisionero. Apenas le vió llegar, el duque de Beaufort, que era de aventajada estatura y bastante vigoroso, se echó sobre la Ramée, y ayudado por su cómplice, le taparon la boca y

ataron de piés y manos y le dejaron allí. En seguida aseguraron una cuerda á la ventana, y se descolgaron por ella; el criado primero, por ser el que corria riesgo de ser mas castigado si se frustraba la empresa. Así descendieron al foso, cuya profundidad es tal, que aunque habian hecho ámplia provision de cuerda, se halló ser muy corta; de modo que el príncipe tuvo que soltarse y se lastimó gravemente. El dolor le hizo perder el sentido, y así permaneció largo rato con grande ansiedad de cuatro ó cinco de sus amigos que le esperaban al borde del foso, y que temian con razon que este incidente diese tiempo á la guarnicion del castillo para apercibirse de la fuga y apoderarse de nuevo del preso. En fin, el duque volvió algun tanto en sí y pudo rodearse á la cintura una cuerda que le echaron sus amigos, y con la cual, no sin pena, le sacaron del foso, haciendo lo mismo con el criado que le acompañaba. Maltratado por la caida y ahora casi sofocado por la presion de la cuerda en su penosa ascension, el duque no estaba en estado de marchar; pero gracias á su gran vigor y al auxilio de sus compañeros, pudo llegar al vecino bosque de Vincennes, donde le esperaba el resto de sus cómplices con cincuenta hombres á caballo. Uno de los oficiales del príncipe que se halló en esta expedicion, me contaba despues, que cuando Beaufort se vió rodeado de los suyos y con tan numerosa escolta, su alegría fué tal, que se encontró curado como por ensalmo, y saltando á caballo, salió á escape, encantado de poder respirar el aire de la libertad y de poder decir como Francisco I á su vuelta de España: « En fin, ¡ya soy libre! »

» Una mujer que cogia yerbas al rededor del foso, acompañada de un muchacho, presenció esta evasion sin moverse de su sitio ni dar la alarma, amedrentada por las amenazas de los compañeros del duque; pero tan luego como les vió alejarse, fué á dar parte de todo á

su marido, que era jardinero de Vincennes, y ambos corrieron á advertir al gobernador del castillo. Pero ya no era tiempo. Los hombres no pueden cambiar lo que estaba decretado por Dios, y las estrellas, que parecen indicar algunas veces sus voluntades, habian hecho saber ya á muchas personas, por la voz de un astrólogo llamado Goësel, que el duque de Beaufort debia escaparse en ese mismo dia.

» Esta noticia sorprendió á toda la córte, y mas en particular á los que no podia serle indiferente. El ministro sufrió sin duda una vivísima contrariedad, pero, como de costumbre, no la manifestó en sus palabras ni en sus actos. »

Y mas lejos madama de Motteville añade:

« La reina y el cardenal Mazarino hablaron riéndose de la aventura, diciendo que M. de Beaufort habia hecho muy bien. » (*Memorias* de madama de Motteville, coleccion de Michaut Poujoulat.)